

Robert Graves

La hija de Homero



Alianza editorial
El libro de bolsillo

Título original: *Homer's Daughter*
Traducción de Floreal Mazía

Diseño de colección: Estrada Design
Diseño de cubierta: Manuel Estrada
Fotografía de Javier Ayuso

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



Copyright © by Accuro Trustees (Jersey) Ltd as Trustee of the Robert Graves
Copyright Trust
© de la traducción: Floreal Mazía cedida por EDHASA
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2023
Calle Valentín Beato, 21
28037 Madrid
www.alianzaeditorial.es

ISBN: 978-84-1148-430-5
Depósito legal: M. 23.828-2023
Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial,
envíe un correo electrónico a la dirección: alianzaeditorial@anaya.es

Índice

11	Prólogo
25	1. El collar de ámbar
33	2. El palacio
49	3. «La partida de Odiseo»
74	4. La hija de mi padre
93	5. Día de lavado
109	6. El cretense desnudo
126	7. Los pretendientes voraces
145	8. La reunión del Consejo
163	9. Clitóneo parte
178	10. La vieja marrana blanca
197	11. Las flechas de Halio
211	12. La fiesta funeraria
228	13. Etón mendiga
247	14. Sin flores ni flautas
263	15. El día de la venganza
286	16. La hija de Homero

A Selwyn Jepson, por supuesto.

Prólogo

Cuando mi infancia quedó atrás y los días ya no parecían eternos, sino que se habían reducido a doce horas, o menos, empecé a pensar seriamente en la muerte. La procesión funeraria de mi abuela, en la cual participaron la mitad de las mujeres de Drépano, lamentándose como chorlitos, fue la que me hizo cobrar conciencia de mi propia mortalidad. Pronto me casaría, tendría hijos, me volvería corpulenta, vieja y fea –o delgada, vieja y fea–, y poco después moriría. ¿Y qué dejaría tras de mí? Nada. ¿Qué me esperaba? Peor que nada: una eterna penumbra, donde los espíritus de mis antepasados vagan por una llanura sin relieves, parloteando como murciélagos; mis antepasados, peritos en todas las tradiciones del pasado y el futuro, pero impedidos de beneficiarse con ellas; dotados aún de pasiones humanas como los celos, la lujuria, el odio y la codicia, pero impotentes para consumarlas. ¿Qué duración tiene un día cuando una está muerta?

Pocas noches después mi abuela se me apareció en una visión. Tres veces salté hacia ella y traté de abrazarla, pero en las tres ocasiones se apartó. Me sentí profundamente herida y le pregunté:

–Abuela, ¿por qué no te quedas quieta cuando trato de besarte?

–Querida –me respondió–, todos los mortales son así cuando están muertos. Los tendones ya no contraen su carne y sus huesos, que perecen en las crueles llamas de la pira; y el alma se aleja revoloteando como un sueño. No creas que te amo menos, pero ya no tengo sustancia.

Nuestros sacerdotes nos aseguran que ciertos héroes y heroínas, hijos de los dioses, gozan de una envidiable inmortalidad en las Islas de los Bienaventurados, fantasía que ni los propios narradores creen. Estoy segura de ello: no existe una verdadera vida más allá de la que conocemos, es decir, la vida debajo del sol, la luna y las estrellas. Los muertos están muertos, aunque ofrezcamos libaciones de sangre para que las beban sus espíritus, en la esperanza de darles con ello una ilusión de temporal renacimiento. Y sin embargo...

Y sin embargo, ahí están las canciones de Homero. Murió hace doscientos años, o más, y todavía hablamos de él como si estuviera con vida. Decimos que Homero registra –no que registró– tal y cual acontecimiento. Vive mucho más realmente que Agamenón y Aquiles, Áyax y Casandra, Helena y Clitemnestra, y todos los demás acerca de los cuales escribió en su epopeya sobre la guerra troyana. Ellos son simples sombras, investidas de sustancia por las canciones de él, las únicas que conservan la fuerza de la vida, el poder de tranquilizar, conmover o arrancar

lágrimas. Homero existe ahora, y existirá cuando todos mis contemporáneos estén muertos y olvidados; y hasta he oído profetizar, de forma impía, que sobrevivirá al propio padre Zeus, aunque no a los Hados.

En mis cavilaciones sobre estas cosas, a los quince años, me volví melancólica y reproché a los dioses por no haberme hecho inmortal; y envidié a Homero. Por cierto que tal cosa resultaba extraña en una muchacha, y nuestra ama Euriclea me contemplaba meneando la cabeza cuando yo vagaba, triste, por el palacio, cabizbaja y ceñuda, en lugar de gozar como las otras niñas de mi edad. Jamás le decía nada, pero pensaba: «Y a ti, querida Euriclea, no te queda nada por delante, a no ser unos diez o veinte años más, durante los cuales tus fuerzas declinarán poco a poco y tus dolores reumáticos irán en aumento, y entonces, ¿qué? ¿Qué duración tiene un día cuando una está muerta?».

Esta preocupación mía por la muerte excusa, o por lo menos explica, la extraordinaria decisión que adopté hace poco: asegurarme una vida póstuma bajo el manto de Homero. Que los dioses benditos, que todo lo ven y a quienes jamás olvido honrar, me concedan éxito en esta empresa y disimulen el fraude. Femio el bardo ha hecho el juramento inviolable de difundir mi poema, con lo que pagará la deuda en que incurrió la ensangrentada tarde en que, con peligro de mi vida, lo salvé de la espada de doble filo.

En cuanto a mi posición y linaje: soy una princesa de los elimanos, una raza mezclada que vive en el Érix y en sus alrededores; esa gran montaña, reino de las abejas, que domina el extremo occidental de la triangular Sicilia y recibe su nombre de los brezos en que pastan incontables

abejas. Los elimanos nos enorgullecemos de ser la nación más remota del mundo civilizado, aunque esto, en verdad, es desconocer ciertas florecientes colonias griegas fundadas en España y Mauritania desde la primera vez que hicimos pública nuestra jactancia; y no hablemos ya de los fenicios, que si bien no son griegos y tienen afición a bárbaros sacrificios humanos, poseen ciertos títulos para considerarse civilizados y están sólidamente establecidos en Cartago, Útica y otros puntos de la costa africana.

Debo ofrecer ahora un breve relato de nuestros orígenes. Mi padre afirma descender en línea masculina directa del héroe Egesto. Éste nació en Sicilia, hijo del dios del río Crimiso y de la noble exiliada troyana Egesta, pero se dice que zarpó hacia Troya, a petición del rey Príamo, cuando el rey Agamenón de Micenas puso sitio a la ciudad. Mas Troya estaba destinada a caer, y Egesto tuvo la fortuna de escapar a la muerte entre las lanzas aqueas. Lo despertó su pariente Eneas de Dardania en cuanto el enemigo, después de irrumpir en Troya, comenzó a diezmar a los adormilados habitantes; a la cabeza de un grupo de troyanos, salió por la puerta Escea y siguió hasta Abidos, que era una fortaleza del Helesponto donde (según dicen), en obediencia de una profética advertencia de su madre, tenía anclados, listos para partir, tres barcos bien abastecidos. Eneas también escapó. Se abrió paso a través de las fuerzas aqueas y llegó hasta el monte Ida, donde efectuó preparativos para embarcar a sus súbditos dardaneses en una flota anclada en Percote, y muy pronto siguió las huellas de Egesto.

Un viento fuerte llevó a Egesto hacia el sudoeste, a través del Egeo, más allá de Cíteera, la isla de Afrodita; y

luego hacia el oeste, a través del mar Sicanio, hasta que divisó el Etna, la montaña del fuego eterno, que se eleva al otro lado de Sicilia. Allí desembarcó e hizo acopio de agua para su flota antes de poner rumbo al sur, para dar la vuelta al cabo Pelorus. Cinco días después aparecieron ante su vista las islas Egadeas, y Egesto, agradecido, entró con sus barcos en la protegida bahía de Retro, a la sombra del monte Érix, donde había nacido. Un alción azul rozó la popa de las naves, y ante esa señal de favor de la diosa Tetis, que apacigua los mares, Egesto las quemó en su honor. Pero primero, prudente, las alivió de toda la carga, cordelería, velas, metal y otros objetos que pudieran serle de utilidad en tierra. Para conmemorar este sacrificio, ofrecido hace unos cuatrocientos años, mis padres me bautizaron Nausícaa, que significa «Quema de Barcos».

Ningún otro colono de habla griega se había establecido hasta entonces en Sicilia occidental. Toda la isla, con excepción de unas pocas colonias cretenses, se encontraba habitada por sicanios, una raza ibérica, muchos de cuyos miembros ofrecieron su amistad a Egesto y su madre en su ciudad fortaleza de Érix, anidada en las rodillas de la montaña. Egesto visitó al rey de los sicanios, su padrastro, con nobles presentes de calderos, trípodes y armas de bronce traídos de Troya, e intercedió por los refugiados troyanos. Y aunque —como eran una raza de natural huraño y autosuficiente— los sicanios no disimularon su suspicacia, el rey convenció al cabo a su consejo de que permitiese a Egesto construir una ciudad cerca de la cima de la montaña. Egesto la denominó Hiperea, o «Ciudad Superior», y compró a los sicanios gran cantidad de ovejas, cabras, vacas y cerdos. Pronto llegó Eneas con otros

seis barcos, de paso para el Lacio, y demostró su amistad ayudando a Egesto a completar las murallas de la ciudad. También fundó en la cumbre el templo de Afrodita, institución erótica en favor de la cual tengo poco que decir, si bien el acto de Eneas fue piadoso, ya que Afrodita era su madre. Al principio la gente de Hiperea vivió en términos amistosos con los de Érix, que les mostraron todas las riquezas de la montaña y a quienes, en retribución, se les enseñaron los delicados misterios de la herrería y la carpintería, además del arte de arponear atunes y peces espada desde una plataforma instalada a mitad del palo del barco. Como las dos naciones están unidas en su devoción a la diosa de la montaña Sicania, Élime –a quien nuestro pueblo identificaba con Afrodita, aunque tenía mucha más semejanza con la diosa Alfito de Arcadia–, se nos conoce ahora como elimanos. Los Hijos de Homero explican ese parecido diciendo que Hércules se llevó consigo a una de las sacerdotisas de Élime, después de su Décimo Trabajo, y la estableció en Arcadia.

Unas siete generaciones después, a la nación elimana así formada se agregó otro elemento, el focio, y para entonces las orgullosas ciudades aqueas del Peloponeso, en las cuales se planeó la destrucción de Troya, yacían en ruinas. Los bárbaros dorios, los llamados Hijos de Hércules, que blandían armas de hierro y tenían un férreo corazón, atravesaron el istmo de Corinto, incendiaron ciudadela tras ciudadela y expulsaron a los aqueos de sus ricos pastizales y trigales, llevándolos hacia las regiones montañosas del norte. Allí sobreviven aún, reducidos en su número y ya sin gloria. Pero los habitantes más antiguos de Grecia –pelagos, jonios y eolios–, por lo menos los

que amaban la libertad y poseían barcos, reunieron de prisa sus tesoros y partieron en busca de nuevos hogares al otro lado del mar, especialmente en la costa del Asia Menor, que a menudo habían visitado en su tráfico comercial. Entre esos emigrantes había focios del monte Parnaso, descendientes de Filoctetes el arquero, cuyas flechas dieron fin a la vida del príncipe Paris en Troya; pero los dirigían dos nobles atenienses. Su nueva ciudad de Focea, construida en el continente, detrás de Quíos, se hizo famosa por sus galeras mercantes de cincuenta remos, que recorrían el Mediterráneo a lo largo y a lo ancho, por el oeste hasta las Columnas de Hércules y por el norte hasta la boca del Po. Gerión, rey de Tartésida, en España meridional, simpatizó con algunos honestos comerciantes focios, los invitó a establecerse en su país y les prometió construirles una ciudad. Ellos aceptaron con alegría y volvieron a sus hogares en busca de sus esposas, hijos, bienes familiares e imágenes sagradas; esperaban encontrar ya levantados los muros de la ciudad, listos para recibirlos cuando desembarcaran el verano siguiente.

Pero los dioses dispusieron otra cosa. Los colonos, que partieron en convoy, con las proas de las naves adornadas de mirto, fueron apartados de su rumbo por un ventarrón noroeste y arrojados a tierra entre los nasamonios lotófagos de Libia. Aunque lograron salvar cinco de sus siete barcos, resultó que estaban en tan pobres condiciones para navegar que, aprovechando un vivo viento del sur, pusieron proa a Sicilia, la tierra más próxima en que les sería posible reabastecerse. Llegaron a salvo al monte Érix, con todas las bodegas anegadas, y anclaron la flotilla en Retro sin perder un solo hombre, aunque sus pro-

visiones quedaron arruinadas. Como creían que el dios Poseidón los había designado para establecerse allí, no en Tartésida –el mirto que engalanaba la proa de sus naves les impedía regresar–, llegaron como suplicantes hasta el rey de Hiperea, quien les perdonó, magnánimo, los daños que sus antepasados habían hecho a los troyanos. Sin embargo, se dice que el capitán y la tripulación de una de las naves intentaron regresar al Asia Menor, pero apenas habían recorrido una milla y media Poseidón convirtió el barco en piedra, y allí continúa navegando, a la vista de todos. Lo llaman «La piedra del Mal Consejo», y agregan que Poseidón amenazó con hacer caer la cima del Érix sobre la cabeza de cualquier otro desertor.

Y bien, los hiperianos habían construido una aldea en las laderas septentrionales del Érix, y la bautizaron Egesta, por su antepasada, lo mismo que bautizaron sus dos ríos, Simois y Escamandro, con el nombre de los torrentes troyanos mencionados por Homero. Allí, con permiso del rey de Érix, instalaron un altar al héroe, para el espíritu de Anquises de Dardania, padre de Eneas, de quien se dice que murió durante la construcción de Hiperea. Los focios, utilizando mano de obra sicania y adoptando el estilo sicario, ampliaron la aldea hasta convertirla en una ciudad, para gobernar la cual se designó a un príncipe de Hiperea. Pero los salvajes sicarios, enfurecidos por esa nueva violación de sus campos de pastoreo y de caza, no vacilaron en tender una emboscada y asesinar a los recién llegados, y Eurimedón, el rey sicario de Érix, se negó a intervenir, pues declaró que nunca había aceptado la ocupación focia de Egesta. Inclusive prestó ayuda secreta a sus compatriotas. Y por supuesto, esto provocó una que-

rella entre las ciudades de Érix e Hiperea. Los choques armados se convirtieron en guerra, en la cual Eurimedón fue totalmente derrotado. Los hiperianos se apoderaron de Érix, proclamaron a su propio rey «Padre de la Liga Elimana» (Érix, Hiperea y Egesta) y ordenaron a los concejos de la ciudad que estimularan las uniones matrimoniales entre las tres razas. Por lo tanto nuestra sangre está mezclada, pero nuestra lengua dominante es el griego, con pequeños toques eolios. Y aunque el lugar en que vivimos es remoto, somos en todo sentido un pueblo mejor que los dorios del Peloponeso, que acampan vilmente entre las ennegrecidas ruinas de las hermosas ciudades celebradas en los cantos de Homero.

Esta tierra nuestra es buena, y sus mares están henchidos de peces, en especial atún, cuya firme carne ha sido siempre nuestro principal alimento. Pero si tenemos derecho a alguna queja, es la de que la mayor parte de la nación sicania se ha negado con obstinación a incorporarse a nuestra Liga elimana. Los sicanios son gente salvaje, de elevada estatura, robusta, tosca, tatuada, inhospitalaria, prolífica, que no respeta a viajeros ni a suplicantes, y que vive como los animales, en cavernas de la montaña, cada familia aparte con sus rebaños. No reconocen a rey alguno, ni a deidades, con excepción de la diosa Élime, a quien adoran como a una Marrana fértil y presciente; ni respetan leyes, aparte de su propia inclinación. No fabrican licores, ni usan armas de hierro o de bronce, ni se internan en el mar, ni tienen mercados, y en ciertas estaciones no hacen ascos al sabor de la carne humana. Con estos abominables salvajes –me avergüenzo de llamarlos primos– no estamos en paz ni en guerra, pero los viajeros prudentes

tes atraviesan sus tierras sólo en grupos bien armados, precedidos de sabuesos que dan la alarma si les han tendido una emboscada en un bosque o un estrecho desfiladero.

Por lo menos tuvimos la buena suerte de vivir fuera del camino de invasión de los siquelios, que se produjo poco antes de la llegada de los focios. Los siquelios son ilirios, de una cepa completamente distinta de la de los sicanos, que cruzaron el estrecho de Messina en balsas y, diligentes y numerosos, se apoderaron muy pronto de la Sicilia central y meridional, devorando los caseríos fundados allí por cretenses y aqueos. Pero todas las bandas de guerreros que exploraban en nuestra dirección fueron rechazadas con fuertes pérdidas –no son tan robustos como los sicanos, ni tan formidables combatientes–, y desde entonces, por acuerdo tácito, los siquelios se han mantenido dentro de sus fronteras y nos han dejado en paz. Comercian principalmente con los griegos de Eubea y Corinto. Algunos pequeños puestos comerciales fenicios ubicados en promontorios o islitas, frente a la costa norte, no nos han causado problemas hasta ahora, pues, como dice mi padre, «el comercio engendra el comercio».

Y para referirme a tiempos más recientes: mi bisabuelo, el rey Nausítoo, hijo de la hija de Eurimedón, convocó un consejo de los elimanos para deliberar acerca de una visión que le había sido dada en un sueño. En él vio un águila que descendía de la cima del Érix y rozaba el mar, acompañada de una bandada de blancas gaviotas, algunas de ellas a la derecha de él, otras a la izquierda. Los augures interpretaron la visión como una orden divina de salir de Hiperea y vivir desde entonces del mar, en una lengua de tierra entre dos puertos. Nausítoo dejó

tras de sí una fuerza numerosa para proteger a sus vaquerizos, pastores y porquerizos contra las depredaciones de los bandidos sicarios, y condujo a la mayor parte de los hiperianos a una península en forma de hoz, situada a tres kilómetros al sur de Retro, donde construyó la ciudad de Drépano. Según la tradición local, allí fue donde el antiguo dios Cronos arrojó al mar la hoz de diamante con la que castrara a su padre Urano; y los ancianos a veces murmuran entre dientes:

—Algún día será sacada en una red; Apolo está destinado a usarla contra su padre Zeus.

Drépano era un lugar espléndido para la nueva ciudad de Nausítoo. El cuello de la península podía ser protegido de las incursiones sicarias por una muralla; y de los dos puertos especificados por los oráculos, uno protegía a los barcos contra los ventarrones del noroeste, el otro contra los del sudeste. Por consiguiente, como los focios de Egesta, a quienes Nausítoo invitó a acompañarle en esa empresa, no habían olvidado sus habilidades marineras, muy pronto envió naves de cincuenta remos en largos viajes, en todas direcciones. Las principales exportaciones elimanas, entonces como ahora, eran vinos, quesos, miel, vellones, atún y peces espada curados al sol, y otros productos alimenticios, así como armazones de camas de madera de ciprés, en cuya manufactura nos destacamos; telas bordadas, de la lana más fina, y sal de nuestras salinas. Estas mercancías eran cambiadas por cobre de Chipre, estaño español, hierro calibeo, vino de Creta, cacharros pintados de Corinto, esponjas y marfil africanos, y muchos otros artículos lujosos. Nuestros dos muelles arenosos resultaron muy ventajosos, ya que cuando el tiem-

po da señales de cambiar, los barcos pueden ser llevados a remo de uno a otro y retirados del alcance de las olas. En pocas palabras, nos hemos enriquecido y prosperado, y somos bien recibidos por todas las naciones con las que comerciamos como hombres honrados, no como piratas. Pero Retro se usa ahora muy pocas veces como puerto, ya que no es defendible contra las incursiones, y últimamente el cieno lo va cegando. Pero todos los años realizamos allí sacrificios a Afrodita y Poseidón, y apacentamos nuestro ganado en la llanura vecina.

Mi padre, el rey Alfides, casó con la hija de un aliado, el señor de Hiera, que es la más grande de las islas Egadeas. Ella le dio cuatro hijos y una hija: yo. En el momento en que comienza este relato, Laodamante, mi hermano mayor, estaba ya casado con Ctimene de Bucinna, otra isla del grupo egadeo; Halio, el segundo, expulsado de su hogar por haber incurrido en el desagrado de mi padre, había ido a vivir entre los siquelios de Minos; Clitóneo, el tercero, se había afeitado su primer vello viril y tomado las armas. Yo tenía tres años más que Clitóneo y era soltera, pero por voluntad propia, no por falta de pretendientes, aunque será mejor que confiese que no soy alta ni particularmente hermosa. Mi cuarto hermano, Telegonio, hijo de la edad mediana de mi madre, vivía aún en las habitaciones de las mujeres, jugaba con nueces o montaba en un caballo de juguete, moteado, amenazado a cada rato con el rey Equeto, el espantajo, si no se portaba bien. En el poema épico que acabo de terminar, mis padres aparecen como el rey Alcínoo y la reina Arete de Drepane, la pareja real que dio la bienvenida a Jasón y Medea en la *Canción del vellocino de oro*. Elegí esos nombres, en par-

te porque «Alcínoo» significa «de espíritu enérgico», y mi padre se enorgullece en primer lugar de su energía espiritual; en parte porque Arete (si se abrevia la segunda e) significa «firmeza», que es la virtud primordial de mi madre, y en parte porque en la crisis de mi drama me vi obligada a desempeñar el papel de Medea. Y nada más en lo que a esto respecta.

1. El collar de ámbar

Una desdichada tarde, hace tres años, cuando hacía aún muy poco tiempo que mi hermano Laodamante estaba casado, comenzó a soplar el viento que llamamos siroco y una enorme nube se echó pesadamente sobre los hombros del monte Érix. Como de costumbre, se agostaron las plantas de mi jardín, mi cabello perdió sus rizos y todos se volvieron quisquillosos y pendencieros; mi cuñada Ctimene no menos que los demás. Esa noche, en cuanto se encontró a solas con Laodamante en el asfixiante dormitorio, que estaba en el piso superior y daba al patio de los banquetes, comenzó a reprocharle su pereza y falta de espíritu emprendedor. Ctimene habló en detalle sobre el valor de su dote, y le preguntó si no le avergonzaba pasarse los días cazando o pescando, en lugar de conquistar riquezas mediante audaces aventuras al otro lado del mar.

Laodamante rió y respondió, con tono ligero, que la única culpable era ella: su rozagante belleza era la que lo retenía en el hogar.